

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los ar-
tículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio
postal interior. Lic. N^o. 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACION: A. DELGADO PLAZA

Volumen XXXVII — Bogotá, Junio y Julio de 1942. — Nos. 361 y 362

Nuestra fuerza contra la violencia⁽¹⁾

La violencia es antigua como el mundo. Se inició con el primer hombre o, por mejor decir, con sus hijos. Caín re- celaba de su hermano Abel y un día le dijo: "Vámonos al campo". Estando allí, Caín se lanza sobre Abel y le mata. Fue ese el primer asesinato que vió el mundo, el primer cri- men y el triunfo primero de la fuerza bruta.

Desde entonces, la violencia ha venido marcando, sin cansancio, el paso a los actos humanos y señalando sus eta- pas, en forma que la humanidad adelanta en el tiempo de- jando por rastro un prolongado reguero de sangre. "La vio- lencia... , ha dicho Jorge Sorel, es el objeto primordial de la historia". En efecto, ¿qué otra cosa es la historia universal sino el relato de las violencias de los hombres: guerras, re- voluciones, destrucción, pillaje, incendios, homicidios...? ¡Cuánta sangre! ¡Cuánta matanza! "Avanzando desde el sa- crificio del justo Abel" hasta el del justo por excelencia, un viernes en la tarde, a las puertas de Jerusalem y sobre el monte Calvario, nos encontraremos con el mayor crimen del mundo, con la violencia en su máximo horror y con el cataclismo más poderoso de la historia; la culminación del delito, sí, pero también el acto decisivo de salvación.

(1) La presente, tomada de "Une Renaissance française", es traducción de su administrador para la Revista del Rosario.

El Calvario, sin embargo, no ha podido apagar los ímpetus salvajes de la humanidad y, desde la tarde del Gólgota, la sangre no ha dejado de correr por la tierra ni la violencia ha cedido en sus furores. ¿Quién negaría que Europa vive hoy el frenesí de la violencia? Miremos en torno nuestro, y por doquiera, sólo hallaremos gritos, armas y sangre. ¿De quién será el mañana?... Del que venza en violencia pues la violencia domina al mundo: atrevimiento, cinismo, intransigencia, brutalidad, desprecio por todo miramiento humano, audacia y siempre audacia, puños cerrados, espadas sobre las gargantas... Europa, cada vez más, llegó a constituir el "antro" y el "hórrido sitio" de que hablara Hipólito Taine en página célebre.

Pero, antes que deplorar ese estado de cosas, son muchos los contemporáneos que lo aprueban y justifican. La violencia tiene sus adeptos, sus teóricos, sus apologistas y sus técnicos. Filósofos hay y concepciones del mundo y de la vida, basados en la violencia, sin que carezca ella de sus místicos. Al rezar de tales ideas, la violencia es la suprema expresión del sér, es su exaltación y la condición de su desarrollo y progreso. El violento, el hombre de instintos desenfrenados y de codicias desatadas, posee el supremo dominio; el fuerte de vital dinamismo ha logrado el máximo desarrollo. El es el agente decisivo y preciso de la evolución y del progreso, el dueño, en una palabra, que impera, en virtud del derecho de su fuerza, que es la prueba de su derecho. Nietzsche no sintió empacho en exaltar "a la soberbia bestia rubia desahorada en busca de presa". Ese, para los partidarios de la violencia, el hombre verdaderamente digno del título de superhombre.

Y, a medida de sus éxitos, no se nos oculta el prestigio que va ganando la violencia, aún y sobre todo, en las almas débiles. Porque se ha llegado a comprobar que sobre tales espíritus venía obrando ella con todo su influjo. "A la vista de aquellas almas, se afirma, el éxito, no sólo es admirable, sino demostrativo y hasta ejemplar" (1).

Ante tal hecho, ante semejantes tendencias y esas doc-

(1) G. Duhamel, Figaro 3 nov. 1938.

trinas, ¿qué actitud conviene? ¿Ceder a la violencia? ¿Adoptar cada cual un ánimo violento y oponer así violencia a violencia? ¿O habrá quizás una fuerza capaz de conjurar la violencia...? El cristianismo tiene para el problema principios de solución. Son ellos, fundamentos cristianos cuyo desarrollo emprenderemos a continuación.

Frente a la violencia, el cristianismo condena y prescribe. Condena la violencia y prescribe los medios de resistirla.

Sí, el cristianismo condena la violencia. La reprueba como un mal, y a doble título: al de la pasión y al de la injusticia.

A título de la pasión, primero, puesto que la violencia que el cristianismo reprueba, es la violencia pasional.

Pero ¿qué violencia no es pasional?... Observemos al violento. Veámosle irritado, vindicativo y frenético: de sus ojos brota fuego, su voz es atronadora y sus gestos, perentorios y ásperos. Cualquiera insignificancia le saca de quicio. Sin descanso, censura, amenaza y vitupera. ¿Cabría allí el sentido de la moderación?...

Podrá argüirse, tal vez, que hay violentos fríos, sistemáticos, mesurados. ¿Y acaso no existe también la pasión fría y sistemática, sin que ella sea la menos virulenta ni la menos temible? Pues, asimismo puede ser la violencia. Y siempre será ella una pasión exacerbada, desordenada, con móvil en el orgullo, en la vanidad, en el interés o, simplificando y para hablar con Nietzsche, ese apologista de la violencia, con móvil en aquél "fondo de bestialidad latente" que "de tiempo en tiempo necesita de desahogo".

La clarividencia del violento puede ser agudizada en el sentido de su pasión, pero cuán ciegamente y con cuánta sinrazón, porque la pasión, al tiempo que ilumina, obscurece. La voluntad del violento puede ser inquebrantable ante las resistencias del exterior y, entre más tensión tenga sobre esas resistencias, mayor prueba mostrará de su fortaleza. Pero será una voluntad al servicio de una pasión, una voluntad sojuzgada, enajenada. Sí, enajenada. Sinrazón, enajena-

ción, locura. La violencia enloquece. Por lo demás, ¿no vemos siempre el fracaso de la violencia, tras de efímeros triunfos? *Quos vult perdere Jupiter dementat*: con la locura pierde Júpiter a los violentos.

Pero la condenación de la violencia por el cristianismo es también en invocación a la justicia. La violencia que el cristianismo reprueba es la violencia injusta. La que se ejerce a despecho del derecho y a pesar de todo derecho: el natural, el positivo, el divino. No tan sólo el derecho formal de los textos, sino también ese más profundo y de mayor amplitud al que los textos consagrados y admitidos sólo alcanzan a servir de fórmula: El derecho, es decir, la expresión de lo que ha de ser realizado para que todo se ajuste exactamente al orden. Cada quien se hallará entonces en su sitio y cumplirá allí sus funciones. No es, por tanto, el derecho la expresión de no sé qué voluntad arbitraria, sino la voz razonada y razonable de la naturaleza de las cosas, en la forma querida y establecida por Dios, autor del universo.

Para el violento, el derecho es la pasión que, en vez de estar regulada, regula.

Así pues, en el violento, desorden de pasión y desorden de injusticia, se juntan con un lazo que se apellida sinrazón. El apasionado es ser para quien la razón no manda ni tampoco la justicia, ya que la justicia es el orden reconocido por la recta razón y establecido y querido por la razón suprema. La violencia es una fuerza bruta que conduce, a menudo, al desatino: una fuerza que, no estando ya al servicio de la razón, se ve entregada, precisamente, a órdenes de la pasión. Y la razón es el espíritu; la pasión es la carne. La violencia es la conjuración de las fuerzas elementales, instintivas, animales, brutales o, al decir de ahora, “telúricas”, contra el espíritu. Y no es difícil comprobar que, en el fondo de todas las doctrinas de violencia, hay una filosofía materialista o un estado de alma concretamente materialista, así como, invirtiendo los términos, toda doctrina materialista limita con la violencia: la sangre, el deleite, la muerte. Ya hablemos del racismo, o bien, del comunismo.

Aparece ahora claro cómo la violencia es un vicio del espíritu, antes de ser un desborde y un brutal desencadenamiento de la materia. La violencia es materialmente destructora, por ser espiritualmente falsa. Es por ello que el cristianismo se le opone, como se opone al vicio y como proscribire el materialismo.

Por tanto, la violencia no puede ser obra de cristianos. Y, si el cristiano cae en ella, es porque ha cesado en su fidelidad al espíritu del cristianismo. Tanto como sus demás infidelidades, la violencia no es atribuible a la religión que el cristianismo quebranta. Hemos de concluir, pues, en que un cristiano no puede predicar la violencia, aún cuando ella le amenace y acose. Porque la violencia es un vicio y no nos es lícito oponernos al vicio con el vicio.

Entonces, ¿habremos de ceder a la violencia? ¿Tendremos que dejarnos vencer y aplastar por ella? En ningún modo. Que repudie la violencia es el primer aspecto de la posición de un cristiano en la materia de que tratamos. Pero hay otro, el de la fuerza, complementario del primero e igualmente esencial.

En verdad, el aspecto positivo de la doctrina cristiana respecto a la violencia, es, por lo común, desconocido. Y no es raro —siendo los apologistas de la violencia quienes usan de este lenguaje— que se reproche al cristianismo, según la expresión de Nietzsche (y siempre Nietzsche) el ser “religión de débiles y fallidos”, religión de capitulación sistemática ante todas las acometidas de la fuerza. En modo, pues, que todo lo que lleve el sello de cristiano, que todo lo que vaya inspirado en el espíritu cristiano, está necesariamente destinado a la decadencia, a la decrepitud y a la derrota.

¿Pero Cristo no ha dicho acaso: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”? ¿No ha mandado que “a quien nos despoje del manto le hemos de dar la túnica y a quien nos hiera en la mejilla izquierda, le presentemos la derecha”? ¿Y Jesús no prohibió a sus Apóstoles el servirse de la espada y no se dejó atar de pies y manos por los enemi-

gos que, como a un cordero que se conduce al sacrificio, le llevaban a la muerte?

Quizá muchos cristianos, mai instruídos en sus creencias, prejuizan también y se preguntan si el cristianismo no sea religión de débiles y rendidos. Se les ve entonces, ante los apremios de la vida que les reclama fortaleza, temblar por, si acceden al espíritu cristiano y se someten generosamente a su doctrina de santidad, poder aparecer apocados y comprometer las causas que deben defender, empezando por la de la patria. Y se harán la reflexión de que, sin duda, es preciso ser cristianos, pero que también necesitan vivir. Así, el cristianismo será un ideal, pero sujeto a lo real. No hablemos, por tanto, de esos ideales, cuando la realidad nos oprime.

Pero la verdad es otra. No hay tal que el cristianismo sea religión de débiles y que someta a los hombres a todas las violencias. Precisamente, el cristianismo rechaza toda confusión entre violencia y fuerza. y opone la virtud de fuerza y de la fuerza al vicio de la violencia. La fuerza que él proclama es algo eficaz y vencedor de la violencia.

Mas, ¿en qué se funda esa fuerza?

Ante todo, en una fuerza de orden interior y espiritual y, consiguientemente, en una fuerza de carácter externo y material. Es, pues, una actitud espiritual que gobierna a otra exterior correspondiente.

La fuerza que predica el cristianismo es, antes que nada, una resistencia espiritual sofrenadora de la violencia. Es una señora de la voluntad, una autoposición, cierta sangre fría, una resistencia indomable ante los peligros de la existencia y las violencias que la amenacen.

No se nos ocultará, por ende, que ella difiere profundamente de la violencia y que se le opone, al pie de la letra. La fuerza del cristiano es, por definición, la actitud espiritual de aquél que se ve expuesto a la violencia. La violencia acomete con ánimo de constreñir, de turbar, de doblegar y someter. A eso, por ley propia, tiende siempre ella. Pero allí está la virtud de fuerza para resistir con eficacia a la presión. El fuerte jamás cede, aunque, a no dudarlo,

materialmente puede ser dominado por la violencia. La violencia puede incendiar, romper, reducir a cenizas, despojar, encadenar, aprisionar, quitar la vida. Su fuerza material puede caer sobre la materia. Pero, si encuentra ante sí a un fuerte, virtuosamente fuerte, cristianamente fuerte, la violencia no sabrá doblegarle y, si cede su cuerpo, el alma nunca desfallecerá. Esa es la virtud de los mártires, que corrían a la muerte como a una fiesta y suspiraban por el suplicio. ¿Conocéis, lectores, las actas de los mártires? Bien sabían ellos que las bestiales victorias de la violencia y la destrucción de su cuerpo acrecentarían y consagrarían su victoria más espléndida. ¿Y el caso de Cristo?: *Vicit leo de tribu Juda*. "Venciste Galileo". Y venciste por tu victoriosa derrota, por tu cruz. Por eso ella está en pie, firme en medio de las acometidas del mundo, roca que ningún oleaje conmueve. ¿Y cómo podría vacilar?... Por más que se multipliquen los ataques, y se acumulen las opresiones, y estalle la violencia, y el justo se vea crucificado, la cruz seguirá en pie. Porque, si la cruz es obra de la violencia, también es ella su piedra de choque y la causa de su confusión. *Abyssus abyssum invocat*: el abismo llama al abismo (2)

Afirman los teólogos, tras de análisis minucioso de la virtud de la fuerza, que ella, por el hecho de afianzar el dominio del alma sobre las pasiones del miedo y de la audacia que, frente al peligro, surgen espontáneamente en el hombre, realiza sobre la violencia la resistencia victoriosa del espíritu. Y no es que el fuerte sofoque esas pasiones. No. Ellas pueden lograr en él gran desenvolvimiento. Y está bien que así sea. Pero, como nadie osará acusar a Cristo de debilidad ante la muerte, nadie, por lo mismo, ha sido, como El, tan impávido en su presencia. En cuanto a la audacia, el fuerte sabe estimularla a su hora y usar de su fuerza. *Audacter!*, era la voz de mando en Juana de Arco, uno de los supremos ejemplares de la fuerza cristiana. Mas, por dominadoras que sean, el fuerte sabrá imponerse a las pasiones, sin dejarse arrastrar por ellas. Siempre aparecerán en él lúcida la razón e imperativa la voluntad. Y, porque espiritual-

(2) Salmo XLI, 8.

mente permanece dueño de sí mismo, siempre será señor espiritual de la violencia. Ante el violento, impulsado por el tumultuoso torrente de su pasión, ante "la bestia rubia que avanza en busca de presa y de víctimas", ante los brutales furores y los instintos rebeldes, presenta el fuerte su razón luminosa y su voluntad impertérrita. ¡Cuánta superioridad, en verdad!

Fuerza del espíritu, ante todo. He allí la fuerza cristiana. Fuerza espiritual que sabe poner bajo sus órdenes a esa otra fuerza que coacciona a la materia.

Y, otra vez, estamos abordando uno de los principales y, a menudo, ignorados secretos del cristianismo. Sí, del cristianismo que, aunque no lo recordemos, es religión de encarnación y no religión de espíritu desencarnado. Todo lo que es cristiano, necesariamente, se encarna, se realiza en la materia. A ello no hace excepción la fuerza cristiana.

Así pues, la fuerza cristiana se vale de la fuerza material. Y, en cierto modo, a esa fuerza material está ligada su suerte espiritual, como se enlaza a la del cuerpo la suerte del espíritu. Porque el espíritu carga con la materia y el alma con el cuerpo. El cristianismo, no sólo tolera la fuerza material, sino que la reclama y exige. La no resistencia al mal es una herejía cristiana y ella no es el cristianismo.

Pero la utilización de la fuerza material anda regulada, según el cristianismo, por las exigencias del espíritu. No es otra su principal distinción con la violencia. La violencia difiere de la fuerza cristiana en cuanto a las exigencias del espíritu, es decir, en cuanto a las exigencias de la justicia y del derecho. Porque la fuerza material es cristiana cuando se conforma con el derecho, y se sale del cristianismo, cuando choca con el derecho. De modo, pues, que la gran oposición entre la fuerza y la violencia pertenece siempre al orden espiritual y no radica en los grandes despliegues de la fuerza exterior y de medios de imposición. Sin duda, la violencia, por ley propia, tiende a acrecer más y más esas fuerzas externas, sucediendo que el más violento es el que mejor afianzado está en ellas. Pero la superioridad material

no es lo propio de la violencia, como no es la material inferioridad el distintivo del hombre celoso por la justicia.

Y hablamos de justicia. ¿No será ella, entonces, la víctima de la violencia, la perjudicada con sus depredaciones y sus crímenes? ¿Y dejar a la violencia campo libre no significa complicidad con ella? Preciso es que triunfe la justicia, porque se exige que triunfe el espíritu; pero, nos lo advierte Pascal: "La justicia sin la fuerza nada puede". Es por eso, nos añade luego, por lo que "debemos unir la justicia a la fuerza y hacer que lo justo sea fuerte y lo fuerte, justo" (3).

Por tanto, se requiere oponer a la injusta violencia de la materia la fuerza justa de ella (4).

Mas, ¿quién podrá garantizarnos que esa fuerza de justicia vaya a luchar contra la violencia?...

Todas las victorias no han de ser necesariamente justas y, como lo hemos dicho ya, muchas veces y a pesar de todo, el triunfo material de la violencia es terminante.

(3) Pensamientos, Ed. Brunshvicg, n. 296.

(4) Se nos podrá oponer aquí el ejemplo de Cristo y, por tanto, el de los mártires. Cristo fue y quiso ser débil. Nada hizo El para resistir a la violencia de sus enemigos, y, muy al contrario, reprendió severamente al Apóstol que intentó servirse de su espada para la defensa. Ejemplo supremo, en verdad, que pudiera contradecir nuestra anterior exposición. Pero, lejos de oponerse, ambas actitudes hallan su explicación en las exigencias de la justicia.

Ante todo, tenemos como cierto en Cristo y en los mártires, que Cristo no tenía a su disposición medios eficaces para la defensa. ¿Qué hubiera podido la espada de San Pedro contra las armas de los agresores? Consentir, pues, en que los discípulos lo defendieran, hubiera sido perderlos. Se esclarecen ahora sí las palabras de Cristo: "Quien se sirve de la espada, a espada morirá" (Mateo. X, 52). No es servir a la justicia, querer intensificar la injusticia por defenderse inútilmente.

Por lo demás, los agresores de Cristo no lo eran de cualquiera clase. Ellos iban en misión de un poder constituido del cual Jesús era súbdito. Y, con toda la injusticia de su arresto, Cristo no juzgó de su deber la resistencia. No es al individuo, es al Estado a quien compete la espada.

Pero, antes que nada, Cristo debía cumplir sobre la tierra una misión que le situaba muy por aparte de los demás hombres y en un alto plano de justicia sobrenatural. En la muerte por la injusticia estaba su vocación. "Yo he de ser bautizado con un bautismo, y anhelo que ello se cumpla" (Luc. XII. 50).

Preguntamos, sin embargo, si las victorias de la injusticia no aceptan explicación en la debilidad, en el descuido y la negligencia de quienes llevaban consigo el derecho y la justicia. Entonces, la violencia injusta no es una inocentada. Y no olvidemos que, ante la violencia, no es la debilidad, la cobardía, lo que el cristianismo propone, sino la fuerza y la energía, el valor, el ejercicio de todo medio capaz de darle eficacia a la fuerza. La negligencia en esta materia es un delito. Guardémonos, si apetecemos el triunfo del espíritu, guardémonos de no pecar contra la fuerza, ni contra la justicia, ni, por consiguiente, contra el mismo espíritu. Evitemos, si queremos acentuar la primacía de lo espiritual, hoy tan en riesgo, evitemos el empequeñecer la virtud de la fuerza.

Y no olvidemos que ella, muy a menudo, es importante para la salvación misma de las riquezas espirituales. ¿Qué otra cosa pregona la historia?... Nada de extraordinario tiene el que victorias y derrotas del espíritu estén señaladas por triunfos y vencimientos de la fuerza. Porque, con frecuencia, los grandes vuelcos de la civilización y también de la religión constituyen, a la vez, fechas militares. Mas, ¡cuántas veces han estado las armas al servicio directo de la fe! Poitiers, Lepanto... Magnas efemérides cristianas son ellas y, a un tiempo, soberbias victorias militares. Y batallas perdidas hubieran sido, si el cristianismo se hubiese visto en peligro. Podrá decirse quizás, invirtiendo el orden, que la conquista de Grecia por Roma produjo el triunfo espiritual de Roma. Pero posiblemente hubiera ocurrido igual cosa, y en forma más razonable, si Grecia con mayor poderío, hubiera vencido a Roma. Porque el triunfo de la cultura griega no estriba en la derrota de Grecia. A pesar de ese desastre, es honor para Roma el que, victoriosa, se haya dejado dominar por la cultura.

Que Europa sufre las sacudidas de la violencia es, a no dudarlo, la expresión más patente del mal. El peligro no se cifra en la extinción por lenta decrepitud; el peligro lo constituye una amenaza de muerte violenta. Y es un peligro temporal, ciertamente, pero, lo repetimos, es también un

peligro espiritual. Nuestro porvenir pende de la solución del siguiente problema: ¿Seremos, sí o no, víctimas de la violencia que por todas partes nos acecha? El dilema gira entre vencer o ser derrotados por la violencia. Mas, vencer a la violencia no consiste en oponer violencia a violencia; eso sólo llevaría a agudizar el mal y a provocar el desorden. Sólo en la fuerza cuyos secretos guarda el cristianismo, podrá lograrse el vencimiento de la violencia.

R. P. DUCCATILLON, O. P

